

La noche del 16 de marzo de 2014
Würzburg, Oda a un imperativo, ¡Nunca más!
Alicia Ponte-Sucre

Würzburg, la pequeña ciudad de Baviera donde con frecuencia vengo a trabajar en la universidad es una hermosa ciudad barroca, capital de la Baja Franconia. Escasamente, aun hoy en día, supera los 100.000 habitantes, y durante la segunda guerra mundial, no era un objetivo de guerra importante. Debido a ello escapó en gran medida de los bombardeos que devastaron muchas ciudades alemanas. Sin embargo, su suerte cambió el 16 de marzo de 1945, cuando una flota de 280 bombarderos británicos soltaron unas 1.200 bombas altamente explosivas y 380.000 bombas incendiarias - 927 toneladas de bombas – sobre la pequeña ciudad y destruyeron casi por completo su casco antiguo. Los edificios de entramado de madera del amurallado pueblo viejo se consumieron, y el 90 por ciento de la ciudad desapareció bajo las llamas.

Las primeras bombas cayeron cerca de las 09:20 de la noche, el bombardeo duró unos 20 minutos. Los techos y ventanas de la vieja ciudad se derritieron y desaparecieron, luego las paredes de las casas de madera se transformaron en hollín, en una ciudad azotada por un crudo invierno y que por su tamaño tenía pocos lugares de resguardo para sus habitantes. El informe final reportó la destrucción de un 89% de la ciudad y un 68% de sus suburbios.

Antes de la guerra, la población de Würzburg superaba escasamente 100.000 habitantes. Este número descendió a unas 85.000 personas debido al desgaste causado por la guerra. El 6 de abril de 1945, día de su captura por las tropas americanas, había sólo 36.850 habitantes registrados. En la entrada principal al cementerio de la ciudad se abrió una fosa común; en ella están sepultadas unas 3.000 víctimas del bombardeo del 16 de marzo de 1945.

Cada vez que vengo en a Alemania vivo esta hermosa ciudad, que se ha convertido en mi segundo hogar. Si mi visita coincide con la fecha del 16 de marzo, acompaño a los lugareños en la conmemoración que cada año hacen de este nefasto día -civiles muriendo sin razón en medio de una guerra-. Würzburg tiene una forma muy peculiar de recordar esa fecha y el significado que para ellos tiene la frase “nunca más una guerra, nunca más intolerancia en sus mentes y corazones, nunca más sin razones superando a las razones”. Desde las 09.20 y hasta las 09.40 de la noche, las 69 iglesias -de todas las religiones- ubicadas en la ciudad, tañen furiosamente sus campanas. Las callejuelas se inundan de sonidos insistentes, repetitivos,

ensordecedores, que recuerdan lo largos que fueron esos 20 minutos del 16 de marzo, y reclaman a la vida el significado en sufrimiento, que esos minutos causaron. Sin embargo contradictoriamente, y en oposición a este sentimiento tan oscuro, el tañido de las campanas lleva un mensaje cristalino de esperanza y por ello, durante estos mismos 20 minutos, los habitantes pasean por la ciudad y por su viejo puente del siglo XIII, llevando una pequeña vela encendida, como símbolo de esperanza de que la vida y el sentido común siempre triunfan.

Cada vez que asisto a este acto la emoción me sobrecoge. El significado de un acto tan sencillo pero evocador es proverbial. Es un anuncio público de la voluntad civil de quienes viven en esta hermosa y pequeña ciudad. Este año estuve aquí. Salí de Venezuela –transitoriamente-, en el fragor de la situación que nos agobia, y acompañé a esta ciudad y sus habitantes en esta conmemoración, y lloré. Lloré mucho, más que otros años. Pero también soñé con certeza, que pronto, de nuevo, los venezolanos estaremos alejados de la intolerancia, volveremos a vivir como los hermanos que fuimos, con la alegría y nobleza que nos caracteriza.

Entonces despertaremos de este mal sueño que vivimos, de esta sin razón que nos quieren imponer, de esta guerra que no es nuestra, y seremos nuevamente esa Venezuela amable, inclusiva, próspera, solidaria que habita en cada uno de nuestros corazones. Luchamos por ello

.